

Brexit y lo que nos espera en Europa

FIONA HUNTER Y HANS DE WIT

Fiona Hunter es directora asociada, Centro para la Internacionalización de la Educación Superior (CHEI, por sus siglas en inglés), Università Cattolica del Sacro Cuore, Milán, Italia. Correo electrónico: fionajanehunter@gmail.com. Hans de Wit es director del Centro para la Educación Superior Internacional.

Brexit sucedió y las universidades británicas, junto al mundo de la educación superior europea, aún no se han recuperado de su estado de shock e incredulidad. Las comunidades académicas –personal y estudiantes– eran fervientes partidarios de la opción de “permanecer”, al igual que sus ciudades que se declaraban a favor de quedarse, mucho más del 70 por ciento. Una pregunta clave que surgió es si la salida británica de la Unión Europea también produciría una fuga de cerebros desde el Reino Unido. Actualmente, alrededor del 5 por ciento de los estudiantes en el Reino Unido pertenecen a la Unión Europea; y en conjunto forman el grupo de estudiantes internacionales más grande, trayendo no sólo diversidad a las universidades, sino que también generando alrededor de £3,7 millones de libras en ingresos para la economía británica. No obstante, las dudas en torno a los requerimientos de visa y niveles de las tarifas podrían provocar una caída en las postulaciones de la UE. Quince por ciento de la fuerza laboral académica del Reino Unido está compuesta de ciudadanos de la UE que ahora buscan reasegurar sus posiciones y posibilidades. El preocupante aumento de informes de incidentes de racismo, incluso dentro de las esferas universitarias británicas a favor de “permanecer”, podría desalentar a muchos de seguir una carrera académica en el Reino Unido. Dado el fuerte tono anti-inmigrante de los partidarios de “abandonar”, es probable que los docentes y estudiantes de países no pertenecientes a la UE se vuelvan más escépticos sobre un futuro en el Reino Unido. Ésta fue una campaña sucia, y si bien los votantes de “abandonar” no estaban pensando en la educación superior al momento de ir a las urnas, las consecuencias son, y serán, de largo alcance para las universidades, tanto en el Reino Unido como en otras partes de Europa.

En estos momentos de cambio, todo lo que las universidades pueden hacer es buscar minimizar los daños, ofreciendo seguridad a los estudiantes y personal, si bien es cierto en el corto plazo, en torno a los derechos de estu-

diar y trabajar, pero hay muchas preguntas sin responder. Existe gran preocupación por el financiamiento de las investigaciones, dado que las universidades británicas funcionan desproporcionadamente bien en los programas de la UE, y algunas de estas universidades prácticamente dependen del dinero que la UE destina a investigación. El futuro del acceso a Erasmus+ es igual de incierto. Quizás la solución se encuentre en los modelos de participación noruegos y suizos, pagados a través de recursos nacionales propios, pero por el momento nada es seguro, dado el estado de la economía británica en comparación con los otros dos países.

Estas inquietudes se vinculan a asuntos mayores de intercambio académico, colaboración y participación; de libre circulación de talento; y de participación en redes internacionales. Un Área de Educación Superior Europea sin el Reino Unido cambia el juego para todos.

¿CÓMO LLEGAMOS HASTA ACÁ?

Este resultado hubiese sido impensable a comienzos de este siglo, cuando Europa parecía estar surgiendo como una realidad más fuerte e integrada. La Unión Europea se había expandido desde 15 a los 28 países actuales, el euro había sido adoptado por 19 países como única moneda y el área Schengen había abierto fronteras en 20 países de la UE y seis países no pertenecientes a la UE (aunque el Reino Unido se había excluido de ambos). A medida que el proyecto europeo avanzaba, las poderosas fuerzas internas y externas comenzaron a debilitar su base. A nivel global, el ataque a las Torres Gemelas en Nueva York el 2001 generó inestabilidad y miedo al terrorismo. Además, una Europa más unida se consideró como una solución para algunos, pero para otros era un problema. Los votantes franceses y holandeses rechazaron la Constitución Europea el 2005 y la crisis económica que comenzó el 2008 generó nuevos miedos y tensiones. Con una Europa asolada por una crisis económica y política, junto a una crisis de refugiados desplegándose dentro de sus fronteras a una escala sin precedentes, el proceso de integración comenzó a desbaratarse. Estos temas ahora son mayores y el clima más tenso. El espíritu de cooperación ha disminuido y la falta de confianza en Europa ha crecido, ya que sus instituciones no han sido capaces de presentar soluciones confiables a los problemas que se enfrentan. Un sentimiento anti Unión Europea se está esparciendo dentro de los Estados miembros, con Brexit como el resultado más dramático hasta ahora.

BREXIT Y EL ÁREA DE EDUCACIÓN SUPERIOR EUROPEA

El surgimiento del Área de Educación Superior Europea en la primera década del siglo cuenta una historia diferente. Sobre la base de la exitosa experiencia de la cooperación Erasmus, el Proceso de Bolonia ganó impulso rápidamente desde cuatro países en 1999 hasta 48 países, 5.600 universidades y 31 millones de estudiantes para el 2010. En un principio, se enfocaba en ordenar la casa europea a través de mayor homogeneidad en las estructuras de titulación, sistemas de créditos y aseguramiento de la calidad, pero rápidamente adquirió una dimensión externa. La convergencia de estructuras y herramientas tenía como objetivo no sólo aumentar la cooperación dentro de Europa, sino que también transformar al continente en un destino más competitivo y atractivo para el resto del mundo. Este fue el periodo en el cual las universidades europeas comenzaron a sentir los vientos de cambio, a medida que la globalización y el surgimiento de la economía del conocimiento las requería para desarrollar un enfoque más competitivo, participar en la búsqueda global de talento y posicionarse más allá de sus propios límites. El Proceso de Bolonia ofreció un marco para soluciones compartidas para problemas compartidos.

Si bien este proceso fue aclamado como una reforma emblemática, alcanzando en sólo 10 años lo que muchos gobiernos no habían podido lograr en varias décadas, el Proceso de Bolonia no evolucionó de igual forma en los diferentes países e instituciones y hubo una variación significativa en la velocidad del cambio y grado de éxito en la implementación de las líneas de acción. Estas tendencias se magnificaron por la incluso mayor velocidad de la globalización que previamente estaba creando niveles desconocidos de inestabilidad y volatilidad en los ámbitos económicos y políticos de los diferentes Estados miembros de la Unión Europea, aun cuando las universidades mismas eran firmes creyentes –e importantes beneficiados– de la cooperación europea.

Una pregunta clave que surgió es si la salida británica de la Unión Europea también produciría una fuga de cerebros desde el Reino Unido.

¿CÓMO AVANZAMOS?

Hay un claro mensaje en Brexit. No importa cuánto las universidades busquen o clamen ser internacionales o europeas, éstas operan en un contexto nacional que definirá

y, a veces, restringirá su misión, alcance y actividades. Este resultado político tiene el potencial de impactar negativamente en la internacionalización para las universidades, pero, al mismo tiempo, crea conciencia de la importancia de ir más allá de la retórica y deliberadamente reconectar la internacionalización con los valores académicos.

La mayor intencionalidad e integración de la internacionalización dentro de la misión institucional y sentido de propósito pueden permitir a las universidades demostrar el valor e impacto de una comunidad internacional de estudiantes y docentes, primero a ellas mismas y segundo al gobierno en las futuras negociaciones. Actualmente, las universidades británicas están emitiendo declaraciones sobre la importancia de la diversidad y sobre cuán vital es para su éxito, pero éstas necesitarán articular de forma clara lo que significa tener colaboraciones internacionales en investigación y un aula y campus internacionales y cómo eso beneficia a todos los miembros de la universidad.

Éstas tendrán que encontrar una forma de expresar la internacionalización en términos diferentes a los propósitos de prestigio y generación de ingresos y demostrar la importancia de una iniciativa genuinamente inclusiva, como se expresa en las declaraciones que están haciendo actualmente. Las universidades británicas son un buen ejemplo de instituciones que prosperan con la cooperación europea y son más robustas y más capaces de cumplir con sus misiones como resultado de ello. El camino por recorrer es arduo, pero un Área de Educación Superior Europea sin el Reino Unido sería una pérdida para todos. ■

Universidades europeas tras la crisis económica

Jo RITZEN

Jo Ritzen es profesor de economía internacional en ciencia, tecnología y educación superior, Maastricht University, Maastricht, Países Bajos. Correo electrónico: j.ritzen@maastrichtuniversity.nl.

Después de un período de siete años, la crisis económica parecía haber terminado en el 2015: el crecimiento económico estaba aumentando nuevamente en la mayoría de los países de la Unión Europea (UE). Durante la